

BELAUNDE Y NUESTRA UNIVERSIDAD

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Rector en el homenaje tributado a don Víctor Andrés Belaunde, con motivo de su nombramiento como Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Las ascensiones humanas demandan una progresiva desaparición de lo que es el horizonte.

El horizonte en la naturaleza es limitación impuesta por una curva que roba al ojo la tierra, por el quebrarse de las líneas que hacen pantalla o crean sombras o por la opacidad ineludible de lo que es materia.

El horizonte en la vida humana muchas veces se hace estrechez de percepción intelectual, incompreensión del prójimo, ingenerosidad, brazos que no saben acoger a muchos con el corazón: es reducirlo todo al egocentrismo.

Cuando el hombre por largo ejercicio llega a las regiones de la espiritualidad, las cosas adquieren transparencia; entonces él discierne y juzga todo en extensión y profundidad, sin horizontes.

La grande escuela para liberarse de los círculos limitados y alcanzar la penetración que hace a los ojos del alma diáfanas las cosas, es la del Cristianismo, cuando considera a todas las criaturas, hasta la más pequeña, como imagen, destello o vestigio de Dios, hermanas por este común origen y por un rol en el Universo, como personajes del drama o auxiliares del hombre en el desenvolvimiento de la historia hasta la consumación de los siglos. Le sigue por nobleza y eficacia esa otra escuela, que es la Universidad, la cual habitúa a discernir lo universal y sustancial entre el vaivén múltiple y contingente de los seres racionales y materiales. Esa otra escuela, que es el vivir y la experiencia acumulada de los años, tiene su Aula magna en las reuniones de los pueblos, cuando el contacto con todas las gentes enseña a prescindir o sacrificar particularidades para el logro del bien universal.

Gran don para un hombre es el haber aprendido en el mensaje cristiano, en los elementos universitarios y en la actividad internacional la amplitud que es la base de la verdadera grandeza.

Las grandes ascensiones humanas adiestran para conjugar las facetas, que aisladas aparecen al inicio del camino, y demuestran cuán útil es la unión del pensar y del hacer. Juntar la contemplación de la verdad con la actividad que realiza; encarnar los ideales, aún ultraterrenos, en la tarea de cada día; actuar en el plano de la personalidad, que corresponde al mundo de los afectos y de

las responsabilidades privadas, y a la vez en las grandes tareas de la Patria y del mundo. Ser hombre de cultura y de servicio al bien público; haber profundizado el mensaje religioso, y guardar la coherencia con él en todas las acciones de la vida; alternar la quietud espiritual de los estudios con las complicaciones de un Parlamento mundial. Todo como serie de cuadros que desenvuelven su único tema, el servicio a Dios, a la Patria y a los ideales humanos.

Este hombre que logrando la liberación de los horizontes pequeños es síntesis de los ideales del alma, ya no pertenecerá a nadie en particular; es de todos, de su familia, de las instituciones en que actúa, de su Patria, de la humanidad.

La Pontificia Universidad Católica reconoce con regocijo que el Dr. Víctor Andrés Belaunde, por su noble y larga trayectoria y por el complejo y variado campo de su acción, pertenece a la cultura, al Perú y a la Fe católica; sin embargo, lo reclama como suyo de manera muy particular por la compenetración entre él y esta Casa en ideas e ideales, por su generoso aporte de trabajo en la tarea docente e intelectual dentro de la misma. Aquí este hombre público halla su descanso, no en la inercia, sino en el reposado discurrir de la plática universitaria. Este es su hogar espiritual, porque Belaunde ante todo es maestro; aquí en este Instituto Riva-Agüero siguen las lecciones que su amplia cultura y experiencia sugieren acerca del desenvolvimiento de las ideas o de los problemas peruanos.

Belaunde es maestro, y ha hecho de la peruanidad su asignatura favorita en el diálogo sin formalismo y en sus discursos y libros. Aquí, en esta Universidad Católica, Belaunde ha sentado cátedra de cómo el pensar filosófico desemboca en la fe cristiana, cuando la mente se aplica con humildad, según la frase —tan cara a él— de San Agustín, a la realidad de las cosas. Su cátedra ha sido esta Universidad, y también la otra tribuna en los debates internacionales, cuando en claro panorama de contraste ideológico relucía una cita de Santo Tomás ante un negador de Dios. Por todo esto Belaunde nos pertenece, como que es verdadero maestro que alberga en el caudaloso patrimonio de su cultura todos los principios que constituyen la carta fundamental de esta Institución. Nos pertenece, diré por último, porque tomando para sí la cita de la Sagrada Escritura, enseña y hace lo que enseña. De aquí que esta Universidad Católica del Perú siente como propio triunfo, la consagración internacional del Dr. Víctor Andrés Belaunde y ha querido reunirnos en este acto realzado por tan ilustres presencias para resaltar pública y solemnemente esta comunión de ideales y trabajo con el Dr. Belaunde y su reconocimiento por la obra que él durante treinta años ha realizado.

Hace treinta años, llamado por nuestro fundador, el venerable P. Jorge Dintilhac, Víctor Andrés Belaunde se incorporó a este Claustro, seguido por don José de la Riva-Agüero, nuestro egregio benefactor. Tiempos difíciles aquellos para quienes sostenían la inspiración cristiana de la cultura y para nuestra Universidad. La libertad de enseñanza, y por tanto el subsistir mismo de esta Casa, amenazados, sin contar con ese consciente respaldo del ambiente culto y de la opinión pública y el reconocimiento jurídico, de que hoy, gracias a Dios, gozamos, fruto de la labor y del prestigio, entre otros, de estos dos maestros: Belaunde y Riva-Agüero, las dos grandes figuras de la generación novecentista. Habían ellos seguido un proceso paralelo, aunque no idéntico, en su desarrollo intelectual y en la nobilísima búsqueda de la verdad, y por los

años inmediatamente anteriores a su incorporación a nuestra Universidad, habían regresado a la vivencia católica, con el fervor y con el ímpetu de quien todo lo entrega al hallar el tesoro escondido. Desde entonces serían en el Perú los más grandes defensores de nuestra tradición cristiana y de nuestra auténtica fisonomía espiritual.

Belaunde empezó a trabajar en nuestra Universidad dictando un cursillo sobre Historia de las Religiones, sugerido por el propio Padre Jorge. Revela esa honda inquietud religiosa que nunca lo abandonará y que constituye la nota más característica de su madurez. Enseña Historia de la Cultura e Historia del Perú en la Facultad de Letras, Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho; enseña Peruanidad, la ciencia creada por su fervor patriótico y por su indesmayable preocupación por los problemas del país, desde aquellos años iniciales hasta hoy mismo en que sus afanes de diplomático en las Naciones Unidas no logran comprometer su ingénita vocación magisterial. En estas aulas del Instituto Riva-Agüero, Escuela de Altos Estudios de la Universidad, creado por su entusiasmo y por su perseverancia, preside y estimula el diario trabajo de investigación con su ejemplo de estudioso inveterado que no admite jubilación, pero vive el júbilo de los libros. Siempre atento a las nuevas corrientes de cultura, documentándose día tras día sobre los nuevos pensadores, con la experiencia acumulada dicta esa maravillosa lección que es la tertulia sencilla y cordial con el que sabe hondo. El Maestro Belaunde lo ha sido y es de verdad, al lograr discípulos no sólo del diálogo momentáneo o de la docta exposición, sino de su espíritu inquieto para profundizar constantemente y estar al contacto de la realidad e interpretarla. Belaunde ha sido también entre nosotros consejero sagaz, de prudencia para sortear peligros, y de vehemencia y vigor para promover nuestra consolidación y crecimiento. Ha sido y es Autoridad respetada: Decano de la Facultad de Derecho, que remozó los Planes de estudio, atrayendo a nuestro Claustro a nuevos y valiosos elementos, fue nexa de unión con la centenaria Casa sanmarquina, en la cual había sido alumno brillante, dirigente estudiantil en jornadas internacionales y destacado catedrático de Filosofía; para afianzar esa unión creó en San Marcos la Escuela de Verano con maestros de ambas Universidades y quiso siempre, con palabras elocuentes y con hechos rotundos, mantener la vinculación cordial y la colaboración más íntima y provechosa entre los dos Ateneos limeños como aparece en la fundación de la Sociedad Peruana de Filosofía. Belaunde ha sido también orientador de nuestros alumnos y en muchas ocasiones su palabra ha señalado el rumbo de las inquietudes juveniles. Colaborador constante y abnegado del Padre Jorge; le ha tocado en breves períodos de interinato asumir el Rectorado de la Casa, y su gestión decidida y firme ha tenido en momentos de peligro la mejor respuesta. En acontecimientos solemnes el maestro Belaunde ha llevado la palabra de la Universidad. En las Bodas de Plata perfiló magistralmente nuestra fisonomía espiritual y nuestro papel en la vida peruana. Tomó a su cargo interpretar el hondo pesar de todos cuantos despedimos los restos mortales del Padre Jorge e hizo su semblanza y evocación al conmemorar el primer decenario de su muerte. Para Belaunde la definición de esta Universidad es "casa de oración y de trabajo levantada a la vera de la certidumbre eternas"; y él, hombre de oración, de trabajo y poseído de ansias eternas, le ha dado toda su inteligencia, su espíritu creador, su voluntad de servicio, su obra de jurista, de sociólogo y de estudioso de la filosofía y de la historia.

La actitud, fundamental en Belaunde de maestro, da lugar a que su obra

de escritor se encuadre en el estilo universitario, y aún su actividad de estadista haya servido a la Universidad. Por esta gravitación centrípeta puede presentarse la producción literaria de Belaunde como un ejemplo del maestro que sabe cumplir dos finalidades propias de la docencia: el planteamiento humanista y el peruanismo. Continuando con los trabajos de su mocedad, a partir de 1930, el Maestro ha escrito libros fundamentales para el conocimiento de los problemas peruanos: "La Realidad Nacional", "El Debate Constitucional", "La Crisis Presente", "Meditaciones Peruanas", "Peruanidad" y muchos otros de mayor o menor volumen. Constituyen en su conjunto un sólido, orgánico y luminoso esfuerzo por dilucidar el proceso histórico y la estructura sociológica del Perú. Tales libros importan la refutación de las tesis marxistas aplicadas a nuestra realidad, la defensa del supremo valor cristiano que informa a las instituciones tutelares del País y una nueva concepción jurídica al hacer la crítica penetrante del Estado liberal y esclarecer desde las leyendarias y fulgurantes raíces incaicas, lo que es nuestra esencia histórica y el legado que integra el patrimonio riquísimo de la nacionalidad. Ahí están todos esos libros, serios, sinceros, llenos de proyección, que el Maestro Belaunde siempre ha querido presentar, máxime como estímulo a sus amados discípulos, con cristiana modestia, como puntos de partida para nuevas y más exhaustivas investigaciones. Con ellos, por ser obra de un miembro de estos Claustros, la Universidad cree poder afirmar que ha presentado con legítima ufania, una versión católica y mestiza del Perú.

Junto con esa pasión por las cosas vernáculas, como cimiento y perspectiva del más legítimo peruanismo, está la inspiración humana y universal reflejada en otros libros. En primer lugar, su ajustada concepción de la cultura, en que el espíritu es fuerza creadora en la historia, y las civilizaciones no son estructuras cerradas con ciclos fatales, como quería Spengler, sino que evolucionan en procesos, que Belaunde ha llamado "síntesis vivientes", en los cuales los valores superiores de la cultura asumen y trasforman a los elementos materiales por la transculturación. Esta teoría suya le sirve para explicar la formación de nuestra nacionalidad, destacando el papel fundamental que en ella tuvo el cristianismo y la cultura hispánica. Coincidiendo con Toynbee ha creído siempre que la Religión es el factor primordial en la evolución de las civilizaciones y por eso ha sido un atento observador del fenómeno religioso y de su influencia en la marcha de los pueblos. Pero hombre religioso él mismo, ha sabido impregnar su pensar y su modo de vivir con savia teológica y litúrgica y no ha separado nunca su actividad pública y privada de su gallarda militancia católica. Ha propugnado siempre la sólida formación religiosa en nuestras aulas y ha colaborado con estudios como "Nostalgia y Liturgia" y "El Cristo de la fe y los Cristos literarios" y "Palabras de Fe", para definir en nuestro medio la posición del verdadero intelectual. En su hermoso libro sobre Cristo, Belaunde expone que el Ser absoluto, que se ha revelado, es el Dios de la Escritura, el Dios hecho hombre y presente en el Cuerpo místico de la Iglesia. Este planteamiento religioso explica con nitidez la perfecta armonía entre el mundo divino y las realidades humanas, entre la fe y la razón, la teología y la filosofía, y da alas para entender la profunda unidad de todos los demás seres que son en la concepción de San Agustín, predilecto de Belaunde, una imitación de Dios, hacia quien gravitan por una fuerza unidora, como los cuerpos graves hacia la tierra, fuerza que es el amor y que explica cómo sólo en la unión con Dios el hombre puede lograr la feli-

cidad. En esta época de desarticulación, intelectual y práctica, ¡cuán oportuna esta enseñanza! Su "Cristo de la fe", sus ideas sobre la cultura, sus ensayos sobre el humanismo cristiano, son una exposición del ideal de formación integral de nuestra Universidad y del propósito de que su afincamiento en la mente universitaria constituya un estímulo para la vocación de integralidad peruana y universal, que toca a la nueva generación.

Sería demasiado incompleta la reseña de la obra del Doctor Belaunde, si no enunciara siquiera su labor de legislador, jurista, y diplomático. En los años en que Belaunde llegaba a nuestra Universidad era miembro del Congreso Constituyente que elaboró la actual Carta política del Perú. En esa Asamblea defendió las instituciones básicas de nuestra sociedad, e hizo aplicación, el primero en nuestra vida política, del programa social cristiano a nuestros problemas: defendió la familia, la religión con sus legítimos derechos, la independencia de los Poderes Públicos, el sufragio femenino, la libertad de enseñanza y la enseñanza religiosa en las escuelas. Pensar, enseñar y al mismo tiempo actuar, luchar por que sea una realidad la idea vertida en la escuela, defender el bien común mediante el conocimiento adquirido en el estudio y en la reflexión universitaria frente a los sofismas de la parcialidad o el acomodo de intereses. Imponerse por el mérito, y ascender, salir de los confines de la Patria para la defensa de los derechos del Perú o por el reclamo de los intereses superiores de la humanidad, hasta llegar al Parlamento del mundo, y aquí encontrar el voto unánime para subir a la Presidencia de la Asamblea de las Naciones Unidas.

Honor muy grande ha sido éste al Presidente de la Delegación del Perú en la ONU, al veterano panamericanista, al Conciliador del Siam, al Presidente de la Comisión de Buenos Oficios, al que franqueó la vía de ingreso en las Naciones Unidas a dieciocho países, entre los cuales las viejas naciones católicas, España, Italia, Portugal e Irlanda, al que sostuvo la internacionalización de Jerusalén, al líder del desarme sincero y efectivo, al tres veces Presidente del Consejo de Seguridad, al que lo fué de la Comisión especial y de la Comisión política. Honor más grande por llevar esta carga de suprema responsabilidad en forma que las sesiones de su período pueden llamarse la Asamblea de la Paz.

Empero, todo esto, que corona una vida en lo que es de merecimiento y aspiración humana, puede servir de símbolo para una más alta consideración. La vida sin mancha, la dedicación a la cátedra y al saber, la entrega al servicio de los grandes ideales como los de Patria y hermandad internacional, lo gran aún en esta tierra la gloria. No siempre, por cierto, pero cuando acontece, es una señal que Dios nos manifiesta del triunfo del bien.

El apremiado recuento del aporte del maestro Belaunde a nuestra Universidad a través de su palabra y de su consejo, de su obra escrita, de su indiscutido prestigio nacional e internacional, aún cuando deja en sombra a otros aspectos que su intensa, larga y venturosa carrera ha profundizado, es sin embargo testimonio elocuente para acreditar la ingente deuda de agradecimiento, que esta Casa tiene a su preclaro Pro-Rector. Con este acto de tanta significación por la alta calidad de los presentes la Universidad expresa el retorno de su parte; sin embargo, la deuda del agradecimiento es tal por su naturaleza, que no se puede redimir, y la Universidad no desea librarse de ella para estar así más ligada a su maestro. Porque el agradecimiento vive en el campo de la unión cordial y afectuosa de las personas que hacen o aceptan el bien por

el amor a la causa y no por interés. La gratitud misma indica compenetración y en nuestro caso viene a ser un homenaje a la comunidad de principios y de ideales y al trabajo ejercido en común dentro de la Casa. Es en este caso la proclamação pública de la fe, de la generosidad y del fervoroso empeño del Dr. Víctor Andrés Belaunde por servir estos ideales de cultura, de catolicidad y auténtico peruanismo que aparecen en la portada de honor de esta Universidad. Si algo más puede implicar este homenaje, es la invocación al Altísimo, a fin de esta comunidad de afecto y labor entre el Dr. Belaunde y la Universidad Católica perdure por muchos años en beneficio de los ideales y sea ejemplo y estímulo para que todos, guardando la unidad en los principios y en la acción concorde, acrecentemos los frutos que llamaremos gloriosos y que en parte no pequeña corresponden al Maestro Belaunde. Nuestra vida institucional, que es de pocos años, exhibe figuras señeras a lo largo del camino, como son el Padre Jorge Dintilhac, el Dr. José de la Riva-Agüero y el Dr. Víctor Andrés Belaunde. Si una institución vale por los ideales que propugna, recibe su gloria de los hombres que dentro de ella lo sirven. Hoy toca reconocer que el Dr. Víctor Andrés Belaunde es una de las glorias de la Universidad Católica del Perú.

Un movimiento, surgido entre las instituciones peruanas, que va cobrando cada vez mayor resonancia aún fuera del país, propugna la candidatura del Dr. Víctor Andrés Belaunde al Premio Nobel de la Paz. Puesto que Belaunde desde el sitial de honor del Parlamento del mundo reluce por su cultura de abolengo universitario y es auténtico paradigma del pensar católico, es consonante que todos los peruanos consideren como suya semejante iniciativa. Empero no hay institución que pueda discutirnos esta honrosa preeminencia, de poder considerar más propio y nuestro al Maestro Belaunde; y por lo mismo la Universidad Católica del Perú considera un honroso derecho reclamar la primacía en esta solicitud, no ya por su espíritu privado, sino por la significación típica que ella encierra. Belaunde aboga por la paz como fruto de la justicia, según el lema de Pío XII. La paz es consecuencia del orden en los principios racionales, es reconocimiento de los derechos que individuos y pueblos tienen en virtud de la naturaleza a desenvolverse para su propio perfeccionamiento. No es, pues, el pensamiento de Belaunde meramente exhortativo y práctico, antes bien esencialmente principista. Nosotros, los que creemos en la fuerza de las ideas y consideramos misión del maestro, inculcar en la generación futura la obligación de ser hacedores de las palabras de justicia, de bien social y de amor universal que vertimos en las aulas, vemos en Belaunde el prototipo y heraldo de ideas auténticamente universitarias llevadas a la aplicación en el campo de la vida. Quiera el Cielo que el galardón político de la Presidencia de la Asamblea de la ONU sea preludio para el no menor honor del título de defensor mundial de la paz.

Maestro Belaunde:

Aceptad el homenaje de cordialidad que la Universidad Católica del Perú en este distinguido marco de personalidades y amigos os ofrece. Conocéis el aplauso que arranca el fuego de la oratoria y la admiración inteligente de quien os escucha hablar de las cosas altas. La Universidad en este momento casi se repliega en su intimidad para mejor percibir la veneración por vuestra noble figura de maestro como lámpara que luce y arde para orientar a la juventud;

quiere sentir ese calor de afectos que hincha vuestras palabras. Cordialidad íntima, respetuosa y agradecida, que se hace oración al Señor, a fin de que El os otorgue la dicha de disfrutar por otros muchos años del afecto de vuestros discípulos y de la adhesión por vuestros amigos y la satisfacción de ayuda a esta Casa, símbolo de fe, de patriotismo, de cultura y de esperanza en un mundo mejor.